METAMORFOSIS

METAMORFOSIS

I

El día no había estado del todo malo, y la caza tampoco había pintado de lo peor ciertamente. Se habían matado veintidós piezas menores y un corzo; de manera que, por este lado, teníamos motivos para estar satisfechos.

Pero nos había pasado un percance que, aunque no era del género trágico, de esos que suelen ocurrir con harta frecuencia en las partidas de caza, no dejaba de mermar algo nuestra satisfacción, ni de aguarnos un poco el vino de la alegría.

Por descuido del criado que tenía el encargo de cuidar las provisiones, unos perros de ganado nos habían comido la merienda.

De suerte que cuando ya cerca de la puesta del sol nos reunimos á merendar, no hubo de qué darlas.

¡Y cuidado que por nuestra parte había

las mejores disposiciones del mundo! Como que habíamos almorzado á eso de las once, con pocas ganas todavía, y luego habíamos andado siete ú ocho horas subiendo y bajando vericuetos por lo más cerrado y fragoso de la sierra.

En fin, la cosa no nos hizo maldita la gracia, pero como no tenía remedio, hubimos de resignarnos á emprender así, de vacío y como para desengrasar, la caminata de más de una legua, unos ratos á pie y otros andando, hasta el apeadero de Zarzalejo, donde, Dios mediante, cogeríamos el sud-expreso entre nueve y media y diez menos cuarto.

Llegamos á Zarzalejo, ya bien de noche con las tres continuas, como cualquiera puede suponer, pero especialmente con un hambre... ó mejor dicho con cinco, porque cada uno llevábamos la nuestra, y bien pudiera decir que con diez, porque la de cualquiera de nosotros valía por dos cuando menos.

En aquella estación, que casi no lo es, no había medios de matar á quien nos mataba, como suele decirse. ¿Qué iba á haber allí?... Buena voluntad. Eso sí, buena voluntad por parte del jefe, que era persona bien educada, de mucha más discreción que sueldo, y por parte de sus hijas, dos pobres muchachas, de diez y ocho á veinte

años, muy sencillas y amables, las cuales á las preguntas de Manolo Jarandilla, que era el más despacenciado por comer, contestaron que, mientras llegaba el tren, podían freirnos unos huevos, poniendo además á nuestra disposición una libreta de pan y una botella de vino que tenían para cenar su padre y ellas.

No se podía pedir más amabilidad... ni tampoco más comestible, aun cuando para nosotros cinco no era bastante.

Manolo Jarandilla y Joaquín Rojas aceptaron el ofrecimiento, y cenaron en el portalín de aquel casucho, en una mesa que improvisó la solicitud del jefe, poniendo la caja de la recaudación encima de una silla. Los otros tres, como faltaba ya poco más de media hora para la llegada del sud-expreso, nos resolvimos á aguantar un poco más el hambre para comer en el restaurant de á bordo en toda regla.

Llegaron los trenes al cruce á su hora, como sucede algunas veces; montamos en el nuestro, y los tres que no habíamos cenado nos acomodamos en seguida en el restaurant dispuestos á sacar la tripa de mal año.

Joaquín y Manolo dijeron que iban á vernos cenar; pero al fin también tuvieron por conveniente reforzar un poco la cena del apeadero.

De sobremesa, y cuando llegábamos á Villalba, en cuyas cercanías estaba viviendo otro amigo nuestro recién casado, comenzamos á hablar de él diversamente; pues mientras alguien le suponía ya presa de un grande aburrimiento, precursor de alguna estrepitosa desavenencia, no faltó quien envidiara su suerte, suponiendo que estaría muy á gusto, pasando una vida tranquila y poco menos que bienaventurada.

Con este motivo seguimos hablando sobre el matrimonio, que tenía entre nosotros enemigos acérrimos y partidarios decididos...

—No le hagáis caso—dijo al poco rato Luis Carvajal, refiriéndose á Manolo Jarandilla que acababa de soltar una atrocidad contra el matrimonio,—no le hagáis caso; pues aquí donde le veis comparando el casamiento con el suicidio, ha estado ya á dos dedos de casarse.

—Hombre, tan cerca como á dos dedos, no—replicó Jarandilla;—pero confieso que estuve en peligro... Y me horroriza sólo el pensarlo, pues ya lo he dicho y lo sostengo: el que se casa es mucho más desgraciado que el que se suicida... Porque éste se va al infierno de un salto, sin más sufrimiento acá en el mundo, mientras que el otro comienza por tener un infierno acá que le dura diez, veinte, treinta, cuarenta años,

para luego caer probablemente en el otro infierno de allá cuando se muera, puesto que la desesperación, que al cabo se ha de apoderar de él, no puede conducir á otro sitio.

—Bueno: esa es la manía que te ha dado ahora—repuso Carvajal;—mas no decías eso cuando estabas enamorado de la viudita.

—¡Hola!—dijo Pepe Lastra.—¿Con que una viudita?...

—¿Y quién era esa viudita?—añadió Rojas.—Que se cuente, que se cuente eso de la viudita.

—Sí, hombre—dije yo;—cuéntanos esa aventura de la viudita.

—No fué aventura—dijo Manolo,—ni fué nada, gracias á Dios; pero de haber sido algo, de lo que más camino llevaba era de desventura...

II

—Es raro que no os acordéis—continuó Jarandilla,—pues no hará más que siete ú ocho años, y no se hablaba de otra cosa en Madrid aquel invierno.

En las conversaciones insulsas de los sietemesinos y en las conversaciones picantes de los hombres de cierta edad, era la *viudita* el plato de más gusto. Así como también era la tela en que con más libertad se ejercitaban las tijeras de la murmuración en las conversaciones despiadadas de las señoras que juegan al tresillo en las reuniones, ó forman, sentadas en las orillas del salón, el marco del baile.

Ya se sabía: por lo regular, en el vestíbulo del Teatro Real, al salir; en el pasillo central durante el entreacto; en el Español las noches de moda; en la Comedia las noches de estreno; en Lara los lunes, y cual-

quier otro día de la semana en cualquier otro teatro donde se celebrara función á beneficio de los pobres de tal ó cual parroquia, la verdadera beneficiada era la viudita, alrededor de la cual giraban casi todas las conversaciones.

Se disputaba si era ó no era marquesa de verdad; si era más ó menos guapa de lo que en los primeros días se había dicho; si era más ó menos rica de lo que al principio se había asegurado; si su difunto marido era mejicano, catalán ó francés, y hasta se discutía si...

El ruido estrepitoso del tren, al entrar por el túnel de Torrelodones, hizo á Manolo suspender en este punto la narración, pues, como no hubiera hablado á gritos, no era posible oirle con aquellos martillazos infernales.

Salimos del túnel, disminuyó el ruido del tren, continuó éste deslizándose rápidamente por curvas y contracurvas hacia el apartadero de Las Matas, y siguió Jarandilla el interrumpido relato.

—Iba diciendo que hasta se discutía si la viudita era efectivamente viuda ó no lo era. Pero sobre este punto la discusión no se sostuvo mucho tiempo, pues hubo personas que se suponían enteradas, las cuales dijeron saber el nombre y la procedencia del marido, cuándo; cómo y de qué había

muerto, con otros detalles de esos que apenas dejan lugar á duda.

De todos modos, el caso era que la viudita había entrado en Madrid con buen pie, como suele decirse, puesto que llamaba mucho la atención, que es á lo que principalmente aspiran las mujeres en este pícaro mundo.

Por lo que á mí hace relación, la ví por vez primera...

—Cruzando la enramada: es claro—le interrumpió Luis Carvajal;—me lo he figurado en seguida.

—No, pues te has equivocado—replicó tranquilamente Manolo.—Sentada en un diván es como la ví por primera vez en el baile de casa de Villaoliva, donde me la enseñaron ya como una celebridad, no dejando de parecerme extraño que hubiera logrado entrar allí, donde, como sabéis, todavía se hila un poco delgado en materia de relaciones.

Al principio no me pareció una cosa del otro jueves. Guapa, sí, me pareció guapa; mas no hasta el extremo de poder inspirar pasiones violentas ni siquiera de producir grandes entusiasmos.

Quise luego mirarla con detenimiento por ver si descubría en ella lo que tanto entusiasmaba á los demás, y en cuanto notó que yo la estaba mirando, bajó los ojos con

un aire de modestia muy agradable. Torné á mirarla al poco rato, y lo mismo: apenas sus ojos se encontraron con los míos, los bajó como ruborizada.

Seguí mirándola mucho toda la noche, porque me llamaba ya la atención, y francamente, me gustaba aquella modestia; procuraba sorprenderla en los momentos en que estaba más distraída, y siempre lo mismo: á cada encuentro de miradas se repetía aquella bajada de ojos encantadora.

Los amigos que estaban conmigo, los que me la habían enseñado, lo notaron al instante y empezaron ya aquella misma noche con la broma de que la viudita me distinguía, pues no hacía eso más que conmigo.

El caso es que desde aquella noche me empezó á gustar, y en pocos días llegó á interesarme de una manera que no sabía lo que me pasaba...

Ya veis que soy franco...

La solía ver por la tarde en el paseo, por la noche en el Real, por la mañana cuando iba á misa, siempre elegante, siempre de negro, y cuando no, de negro y violeta, y siempre bajando los ojos cuando yo la miraba.

A fuerza de oir decir á mis amigos que me distinguía, que se conocía que era el único que la llenaba el ojo, etc., casi llegué

á creerlo; y en la esperanza de ser bien acogido, traté bien pronto de hacerme presentar á ella.

La cosa no era tan fácil como podía creerse, porque si admiradores tenía muchos, relaciones tenía muy pocas, como que nadie absolutamente la conocía en Madrid dos meses antes.

Al fin, un condiscípulo mío de la Universidad, que se enteró de mis deseos una noche en el teatro de la Comedia, me dijo que él me haría invitar á un baile, á uno de aquellos grandes bailes que daban todos los años antes de Carnaval los marqueses de Casa-Raposo, donde seguramente iría la viudita, y donde otra señora americana, amiga de ella y conocida de un amigo de mi condiscípulo, podría hacer la presentación deseada.

Me pidió, al efecto, una tarjeta que se proponía entregar al apoderado de la casa, algo pariente suyo, el cual la echaría en el cesto del recibimiento entre las que habían ido dejando las visitas; y como indudablemente por aquellas tarjetas se haría la lista para extender las invitaciones, con sólo estar allí mi tarjeta, seguramente resultaría invitado. Me añadió que no debía preocuparme la presentación á los dueños de la casa, porque no hacía falta, pues la mayor parte de los muchachos que iban á aquellos

bailes no conocían á los marqueses ni los habían de visitar en su vida.

Acepté el plan; le dí mi tarjeta, y efectivamente, recibí la invitación para el baile á su debido tiempo.

Figuraos si estaría yo bien loco y bien ciego por aquella mujer, cuando la sola esperanza de poder hablarla me hacía entrar en casa de aquella familia de ladronzuelos...

Porque él, Martín Raposo, ya sabéis todos cómo se enriqueció: robando primero en las aduanas de Cuba, y estafando después en las oficinas del Tesoro á los portadores de letras por un procedimiento muy sencillo. Iba uno á cobrar una letra, y él le decía que no se la podía pagar porque no había dinero ni sabía cuándo lo habría... Lo que sí sabía y cuidaba de advertir al portador de la letra, en su deseo de servirle, era que en una casa de la calle de *tal*, número *tantos*, tomaban aquellas letras, pagándolas á la vista, con un descuento módico. Y es claro: si al portador de la letra le urgía cobrar, pasaba por las horcas caudinas de la usura y se dirigía á la casa de la calle de *tal*, número *tantos*, donde un dependiente de Raposo descontaba la letra, para llevarla al Tesoro y cobrarla íntegra aquel mismo día por la tarde. El descuento módico solía ser del diez, el doce ó el catorce por ciento, y algunas veces llegaba

hasta el veinticinco. Porque naturalmente, la inseguridad de los pagos en aquel tiempo de guerra, y con especialidad en los días en que la insurrección cantonalista amenazaba con echarlo todo á rodar, exigía que la casa de la calle de *tal*, números *tantos*, cobrara caro el sacrificio de adelantar el dinero... dos ó tres horas.

Pues si era ella, Rafaela Araña, también es sabido que aportó al matrimonio la mitad del enorme capital que dejó su padre, Don Roque Araña, procurador tronado, que se enriqueció comprando *bienes nacionales* al desbarate, en la primera época *desamortizadora*, cuando nadie los quería comprar por temor á las censuras eclesiásticas.

Y todavía, de casados, la de Araña y Raposo cuadruplicaron en pocos años su fortuna prestando dinero al Gobierno en condiciones desvergonzadamente ruinosas para el país...

Después, cuando ya estuvieron en situación de pagar espléndidamente los servicios, obtuvieron un marquesado con grandeza, atributo sin el cual no se quiere morir ninguno de esos piojos resucitados.

Pues, á pesar de tan malos antecedentes, todo lo más granado de Madrid acudió aquella noche á su casa. Desde las instituciones...

—Mira, haz el favor—le dijo Lastra,—

de no hablar de las instituciones, porque si te deslizas un poco, lo cual es muy de presumir, se te va á echar encima en seguida el amigo Rojas, que es tan acérrimo como tú por el lado contrario; y si os enzarzáis en una polémica dinástica, ya no nos acabas de contar la historia.

—Bueno: pues decía—continuó Jarandilla,—que, á pesar de los malísimos antecedentes de los dueños de la casa, se reunió allí todo lo más granado de la corte. Porque hay ahora por desgracia en Madrid una manga tan ancha para estas cosas, que puede decirse que es manga perdida. Las familias de abolengo más ilustre cambian visitas desde luego con cualquier advenedizo que aparezca lujosamente instalado.

Yo no puedo con eso: no puedo transigir con esa decadencia de las buenas costumbres antiguas, y ya comprenderéis que á no haber estado medio loco nunca hubiera puesto los pies en semejante casa.

Afortunadamente, no salí en la lista de los asistentes al baile que publicó á otro día *La Correspondencia;* una lista más larga que la lista grande de la lotería, y encabezada con los nombres del Nuncio de Su Santidad y del Cardenal Arzobispo de Toledo...

Que, por supuesto, no habían asistido al baile; sino que como *La Correspondencia*

ha tenido siempre el don de confundir las cosas, dió como lista de los asistentes al baile la lista de los invitados, la lista de las relaciones de la casa.

Por virtud de ese mismo don que en *La Correspondencia* posee todo el mundo, hasta los cajistas inclusive, apareció allá hacia el final de la lista, en lugar de Jarandilla, *Jamoncillo*, de lo cual excuso deciros que me alegré mucho.

III

—El baile, eso sí, estuvo brillante; con algunos toques de mal gusto, pero brillante. Desde la puerta de la calle puede decirse que empezaban ya los esplendores del lujo.

El portal y las escaleras había que pasarlos por entre parejas de lacayos y tiestos de laureles. Gran profusión de flores por todas partes, amén de un ramo colosal, armado sobre hierro, que á última hora se descompuso en tantos preciosos ramilletes como señoras habían acudido á la fiesta, pues cada una se llevó el suyo.

A ocho mil duros se hacía subir el costo de las flores traídas de Valencia.

El suntuoso palacio estaba amueblado con gran riqueza, aunque un poco recargado de cachivaches; cornucopias y cuadros, no todos de valor, cubrían materialmente las paredes, y además, la mayor parte de las habitaciones tenían á los lados, y aun

en el centro, anchas vitrinas llenas de objetos de arte. Tampoco éstos eran todos de verdadero mérito, pues como ni el señor Raposo ni su mujer entendían de arte una palabra, habían ido comprando malo y bueno, todo aquello, por lo que les habían pedido caro; de modo que sin otra norma ni otra base para apreciar el valor de las cosas más que el apetito del vendedor, habían sido víctimas de enormes estafas, con las cuales, sin duda, se habían propuesto los estafadores ganar, además del dinero, los cien años de perdón que asegura el adagio.

Sobre esto se contaban casos muy notables. Decíase que un prendero les había vendido en 500 duros un badil mugriento y roñoso, cansado de rodar por alguna cocina de aldea, asegurándoles que era la espada de Bernardo del Carpio, que se había encontrado el año anterior en los fosos del castillo que le sirvió de prisión en Saldaña...

Decíase también que otro tratante en antigüedades les había vendido en 2.000 duros, después de arrancarle la portada y ahumarle un poco, un libro de piedad con adornos góticos, impreso recientemente en Malinas, haciéndoles creer que era el devocionario de Isabel la Católica...

Y hasta se decía que un chusco les había cobrado 3.000 reales por un hacha célti-

ca... que era una esquirla de berroqueña cogida en un taller de labra de las afueras, y acuriosada en la piedra de un afilador ambulante...

La concurrencia de gente fué tan grande, que en las primeras horas apenas se podía uno mover: sólo el pasar de una habitación á otra costaba un triunfo.

—De modo que tardarías en encontrar á la viudita,—le dijo Luis.

—No podía encontrarla—le contestó Manolo,—porque no había ido. Estaba indispuesta, según noticia de su amiga la americana que había de presentarme.

—Es decir, que el trabajo que te había costado obtener la invitación, y la violencia que habías tenido que hacerte para ir, todo fué perdido,—volvió á decirle Carvajal.

—Sí, es verdad—contestó;—pero pasé la noche bastante bien. Me encontré á poco de llegar con el amigo que me había proporcionado la invitación, y anduvimos por allí curioseando y riéndonos de los atavíos de algunas señoras, especialmente del de la dueña de la casa. Porque la señora de Raposo, *née* Araña, como suele decir *Asmodeo*, estaba que embestía. Llevaba un vestido de raso verde con guarniciones negras (la divisa de Miura), y lucía, merced al exagerado escote, unas espaldas y unos

brazos negruzcos y peludos, con lo cual y con aquellas narizucas cortas y muy abiertas y aquellos ojillos pequeños y redondos que parecían hechos con un punzón, podía constituir un formidable argumento en favor de la teoría de Darwin. Hay que añadir que en la cabeza y en el cuello y en las muñecas y en las manos, llevaba toda la joyería de Marzo, y aun la de Abril y las de todos los demás meses del año, si tuvieran joyería todos.

Recorriendo poco á poco y con gran dificultad las habitaciones, llegamos á la salita de fumar, donde cada cinco minutos entraba un criado con una caja de *Cabañas*, la abría y la dejaba sobre un velador que había en el centro. Los que estaban sentados en los escaños laterales se levantaban, se acercaban, y cogiendo éste un cigarro, el otro un puñado de ellos, se marchaban de la sala ó se volvían á sentar, esperando á *hacer los honores* á la caja siguiente, que vendría con seguridad á los cinco minutos para ser de igual modo desocupada. Es incalculable el gasto que los marqueses de Raposo tuvieron solamente en cigarros.

A las doce en punto de la noche se abrió el comedor, con lo cual comenzaron á despejarse un poco las demás habitaciones y comenzó á poderse bailar algo, pues hasta

entonces no había sido posible. Sólo se había bailado á primera hora, antes de que acabara de llegar la gente, el rigodón que llaman de honor, del cual no hablaré, por no ir contra la advertencia de Pepe, y lo siento porque se prestaba á muy graciosos comentarios... Habíais de haber visto á la dueña de la casa, tal como la dejo descrita, colgada del brazo de... Pero no, no he de hablar de eso; ya lo he dicho.

Nosotros, mi amigo y yo, tardamos en ir á cenar, dando tiempo á que concluyeran las tandas de señoras para poder hacerlo más reposadamente y más á gusto; pero como no llevaban trazas de concluir nunca, á eso de la una y media renunciamos ya á la esperanza de cenar en la gran mesa central, y nos acomodamos los dos en una mesucha de las de las esquinas. En cuanto nos habíamos sentado, vino un criado á servirnos, trayéndonos de primera intención jamón en dulce y Burdeos; otro después nos trajo pavo trufado y Jerez; luego nos trajo otro un salmón enorme, y todavía, después que habíamos cenado bien, continuaron ofreciéndonos viandas y manjares, que hubimos de rechazar porque era imposible tomar de todo.

—¡Qué gente más tonta!—decía mi compañero refiriéndose á los marqueses.—¡Obsequiar así con tan grandes dispendios á

esta multitud que no se lo agradece, y á gran parte de la cual ni siquiera conoce!...

—Querrán acaso—le contestaba yo,—restituir por este medio algo de lo mal adquirido... pero más les valdría restituir de verdad que no hacer estos vanidosos derroches.

Porque aquello fué un derroche verdadero. Andaban rodando por allí los salmones con mayor abundancia que las sardinas en cualquier tabernáculo de Laredo ó de Lastres. Con los emparedados se hubieran podido hacer barricadas. A última hora se bebían el *Champagne* y el Jerez á pasto. ¡Así es que se cogió cada mona!...

Me parece que estoy viendo á aquella muchacha guapa, hija del banquero Pruneda, con un vaso grande lleno de Jerez en la mano, en medio de cuatro ó cinco muchachos que la decían:

—¡A que no! ¡á que no!...

—Pero ¿no me hará daño?—preguntaba ella á aquél en quien tenía más confianza,—¿cree usted que no me hará daño?...

Y como el consejero la diese respuesta satisfactoria, empinó el vaso, y luego, dándole la vuelta, le besó en el hondón con mucha gracia. Y es claro, cogió una chispa también muy graciosa, de modo que después en el cotillón hablaba por los codos y casi no se tenía.

Al salir del comedor me encontré con mi prima Isabel Vegallana y con su madre, á quienes no había visto hasta entonces, ni sabía que estuvieran allá, y las acompañé ya todo el resto de la noche. Mi prima me dijo que tenía que hacerla el favor de bailar con ella el cotillón porque había reñido con su novio; con lo cual me proporcionó, además del gusto de complacerla, el de pasar agradablemente distraído aquel rato y salir luego cargado de preciosos juguetes...

—De manera—le dijo Lastra,—que casi saliste ganando con que no estuviera allá la viudita.

—Y sin casi—contestó Jarandilla.—Salí ganando muchísimo. Porque no os podéis figurar...

—No, ni queremos ya figurarnos nada—le interrumpí yo,—sino que tú nos lo digas; pero haz el favor de abreviar porque nos queda muy poco tiempo de viaje: ya hemos pasado del Plantío.

—Bueno, pues os contaré de prisa lo que falta.

IV

—Vivía entonces en Madrid mi hermana Guadalupe — continuó Manolo, — porque habían hecho á su marido secretario de la Junta Consultiva de Caminos; y como yo estaba solo en casa, pues mi padre pasó casi todo aquel invierno en Extremadura, comía todas las tardes con ellos.

Llegó aquello de la *viudita*, y me puse intratable. Me distraía en la mesa; no contestaba ó tardaba hora y media en contestar á lo que me preguntaban; comía poco y de prisa, y en lugar de estarme como antes un gran rato de sobremesa con mis hermanos, me levantaba con el bocado en la boca y me marchaba al teatro, donde creía que había de ver á mi tormento.

Claro es que para mi hermana no podía pasar inadvertido el cambio. Una tarde que estábamos esperando á su marido para co—

mer y manifestaba yo alguna impaciencia porque tardaba, me dijo:

—Chico, pero ¿qué te pasa?... Estás transformado: no aposentas en ninguna parte... Tú tienes algo... Estaría bueno que á estas horas fueras á enamorarte...

—Pues mira que no ando muy lejos—la contesté.—No lo digas dos veces...

—¡Bien, hombre! Pecadores arrepentidos quiere Dios... Después de haber pasado lo mejor de la juventud haciendo burla de los que se enamoran y de los que se casan...

—Pues ahí verás... Cuando menos se piensa... Dicen que boda y mortaja del cielo baja, y mi boda puede bajar de un momento á otro.

—Y ¿quién es *ella*... si se puede saber?...

—Sí, Lupe de mi alma, tú lo puedes saber y lo sabrás; pero después que lo sepa yo, que tampoco lo sé todavía...

—¡Chico! Eso tiene gracia. Estás enamorado y ¿no sabes de quién?...

—Lo mismo que te lo digo.

—Pues no lo entiendo.

—¿Has oído hablar de la marquesa de Tabasco, ó de la *viudita* que es como más comunmente la llaman?

—No... nunca.

—Pues, hija, es la mujer que hoy da ruido en Madrid, la que tiene más partido, la que cuenta mayor número de adoradores...

—Sí, será; pero ¿á quién quieres que oiga yo hablar de esas cosas, si no salgo apenas de casa?...

—Y el cuento es que se empeñan todos en decir que yo soy el único á quien hace caso.

—¡Y no la conoces!...

—No: ¿pero sabes de que lo sacan?... De que cuando la miro se pone colorada y baja los ojos, con lo cual parece dar á entender que siente algo por mí... Porque con los demás no hace eso. Al contrario, sufre las miradas de todos con indiferencia, y á veces las sostiene con una altanería rayana al descoco... Y en cuanto la miro yo baja los ojos con una pudorosa timidez que es un encanto. Por eso han dado en decir que me distingue. Pero... no caerá esa breba. ¡Ah! sería yo el hombre más feliz del mundo. Ya ves, una americana muy rica, y luego muy hermosa... Y eso que si se mira bien parece que no tiene en las facciones nada de particular. Pero los ojos... aquellos ojos me producen una fascinación que no puedes figurarte.

—Sí, ya veo que estás fascinado.

—La primera vez que la ví no me fué nada nueva su fisonomía; se me figuró como si la hubiera visto ya muchas veces.

Y es que se conoce que es el tipo ideal de mujer que yo me había forjado acá en mi fantasía. Vamos que es la mujer soñada... ¡Si la vieras!... Una tarde has de venir conmigo al Retiro para que la conozcas.

—Bueno, sí; ya tengo curiosidad de ver qué deidad es esa que así te ha trastornado el juicio.

—¡No lo sabes bien!

La primera tarde que fué mi hermana conmigo al Retiro no fué la viudita á paseo, ó se iría para otro lado. Lo cierto es que dimos tres ó cuatro vueltas y nos vinimos sin haberla visto.

—¡También es mala suerte!—decía yo, —porque se la ve aquí todos los días.

—Otro día vendrá—me contestó en tono de gran conformidad mi hermana.—Como todas las desgracias que nos pasen se parezcan á ésta...

Al día siguiente fuimos algo más tarde, cuando ya volvían algunos coches, y al llegar hacia donde ahora han puesto aquel grandísimo espantajo en la carretera de Aragón... me refiero á la estatua del pobre D. Baldomero, distinguí un magnífico tronco de caballos tordos, y dije á mi hermana:

—Fíjate en ese *milord*.

Mi hermana miró al coche con fijeza. Yo

me hice el distraído; pero advertí que la viudita, al ver á Guadalupe, también bajó los ojos. Mi hermana volvió la cara hacia mí, se quedó mirándome, y en cuanto acabó de pasar el *milord* de la Marquesa de Tabasco, soltó la risa.

—¿De qué te ríes?—la pregunté extrañado.

—¿De qué me he de reir, hombre?—me contestó.—¿De qué quieres que me ría?... De tu ideal... ¡Ja, ja, ja!—y continuó riéndose.—¡Vaya un ideal! ¡Ja, ja, ja!... La mujer soñada... ¡ja, ja, ja!...

Mi extrañeza crecía hasta el asombro, porque no recordaba haber visto nunca á mi hermana reirse así. Y ella, sin embargo, continuaba riendo...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Que te parecía que la habías visto muchas veces!... ¡Yo lo creo que la habías visto! Como que está cansada de llevarte el chocolate y de servirte á la mesa...

—¿Pero qué dices, chica? ¡Estás loca!... ¿Tú, quién crees que es?...

—Mi doncella, hombre, mi doncella: Pepa; la doncella que yo tuve en Sevilla de recién casada, hace once años, cuando Paco fué destinado allí de ingeniero primero; la que tenía cuando tú fuiste á pasar con nosotros la Semana Santa y la temporada de la feria...

—Tú no estás buena, criatura... Eso no es posible.

—Sí, hijo, sí; no seas bobo. ¡Mira tú si la conoceré yo! En cuanto la he visto. Por eso baja los ojos cuando la miramos... No te quede duda de que es ella.

—¿Pero cómo se ha verificado esa transformación?

—¡Dios lo sabe!...

—¿Y tú no lo llegaste á saber?—preguntó Rojas á Jarandilla cuando el tren estaba ya entrando en las agujas de la estación del Norte.

—Sí: yo también lo supe después—contestó Manolo:—la metamorfosis se había verificado por una serie de procedimientos poco difíciles y menos laudables... que os contaré otro día, porque esta noche ya no hay tiempo.

V

Antes del último destrozo forestal perpetrado en los Jardines del Buen Retiro para arreglarlos á la catalana, quitándoles lo que les quedaba de su antigua y majestuosa severidad y dándoles en cambio el aspecto llamativo é informal de feria de pueblo, había una grande y hermosa acacia bragada en la orilla interior del paseo circular, hacia la parte del Norte.

Pereció en el *arreglo* aquel árbol, como otros muchos, arrancados sin duda con objeto de dar al paseo contra el interior la amplitud que se le hacía perder por afuera emplazando todo alrededor unos locales numerados que á la empresa la plugo llamar palcos, aunque más bien parecen cortes, ó, si se quiere algo más de finura, instalaciones para alguna exposición pecuaria, en los cuales, dicho sea en honor de la verdad y